

Síntomas de agotamiento del sistema capitalista

Loring Miró, Jaime

2015-03-09

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/408>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

SÍNTOMAS DE AGOTAMIENTO DEL SISTEMA CAPITALISTA

Jaime Loring Miró*

Introducción

La última década del siglo XX ha comenzado con un signo generalizado de liquidación del sistema de equilibrio internacional, tanto en el orden político como en el orden económico. Los análisis intelectuales que se venían haciendo sobre la inviabilidad del sistema de bloques, sobre la inviabilidad de un desarrollo económico alimentado por la carrera armamentista, salieron finalmente del círculo de los intelectuales para hacerse realidad en los acuerdos políticos dentro de los Estados y en las relaciones internacionales. El año 1989 se cerró ante el asombro de la comunidad internacional con un conjunto de cambios inesperados por su profundidad y por la rapidez con que se produjeron.

A lo largo del segundo semestre de 1989 ocurrieron suficientes cosas como para asombrar a la opinión internacional. Desde entonces hemos vivido unos momentos de la historia realmente apasionantes. El orden mundial camina aceleradamente hacia una reestructuración que —no es exagerado decirlo— es total. El fenómeno comenzó en Polonia, de ahí se extendió a los demás países de Europa central y alcanzó a la propia Unión Soviética. La Comunidad Económica Europea busca afanosamente rebasar los límites de la unidad del mercado para entrar en una nueva fase de unión monetaria y política. Incluso el gran continente latinoamericano despierta con una nueva

* Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Granada, España

conciencia de autonomía política y de solidaridad continental. Los términos de democracia, paz, solidaridad internacional empiezan a formar parte del lenguaje universalmente aceptado. Hay suficientes síntomas para pensar que está naciendo una sociedad muy diferente de la que hemos conocido hasta ahora.

Permítanme decir que la historia de la humanidad en esta década final del siglo XX está preñada, y si auscultamos el feto que lleva en su seno, podremos prever con cierta aproximación cuáles serán los rasgos característicos de la nueva sociedad a cuya gestación estamos asistiendo y de cuyo nacimiento quizás podamos ser testigos. El cambio al que estamos asistiendo, de las estructuras de equilibrio políticas, económicas y sociales, no es un fenómeno que haya alumbrado nuestra generación por primera vez. Efectivamente, no es la primera vez en la historia que una generación abandona el esquema de relaciones en el que se había acostumbrado a vivir. No es la primera vez que ocurre que lo que en su día constituyó una revolución que sustituyó esquemas, vigentes hasta el momento, haya sido substituido a su vez, en un proceso de cambio histórico, por otros distintos. Cualquier esquema de relaciones sociales, económicas y políticas, que en un momento dado se considera tradicional, ha sido antes una novedad que ha desplazado a otra tradición previa. El sistema social está sometido continuamente a cambios y transformaciones.

La sociedad, las sociedades, cambian constantemente, independientemente de que lo hagan de un modo más o menos acelerado, o más o menos lento, y asimismo, independientemente de que exista mayor o menor conciencia de este cambio, y de que los estudiosos se interesen más o menos por el mismo.¹

En esta dialéctica del cambio histórico se producen mutaciones de menor cuantía, cambios accidentales del equilibrio, sustituciones de protagonistas y agentes dominantes, aun permaneciendo el mismo esquema estructural. Sin embargo, de vez en cuando las mutaciones afectan la propia estructura de las relaciones, desaparece todo un sistema de equilibrio mundial y es substituido por otro. No se substituyen

¹ Dolores Comas D' Argermir y Jesús Contreras, *El proceso de cambio social, Agricultura y Sociedad*, abril 1990, suplemento al no.55, pp. 5 y 16.

solamente los puntos de apoyo del equilibrio sino el mismo sistema de equilibrio: el sistema de pueblos autónomos, etnográfica y lingüísticamente plural fue substituido por el imperio romano, unificador de la lengua y la cultura en toda la cuenca mediterránea; el imperio romano fue substituido por el sistema feudal de príncipes territoriales; el sistema feudal fue substituido por las monarquías absolutas dando lugar al nacimiento del concepto de Estado; el sistema aristocrático basado en el principio de la sangre fue substituido por el sistema burgués-capitalista fundamentado en el principio de la eficacia económica, del mercado y de la rentabilidad del capital.

Esta última gran mutación histórica tiene lugar a lo largo del siglo XVII, digamos hacia 1750, y se consolida definitivamente en torno a 1850. Nos podemos preguntar 150 años más tarde, al acercarnos al año 2000, si el sistema burgués capitalista, que ha dado estabilidad a la sociedad internacional durante estos 150 años, está al borde de una nueva mutación fundamental; si la sociedad postindustrial, postcapitalista o postsocialista —da igual el término que escojamos— se configurará con esquemas de relaciones económicas, sociales y políticas distintas de las conocidas hasta ahora; o si, por el contrario, los acontecimientos que estamos viviendo constituyen solamente cambios accidentales, sustitución de protagonistas, desplazamiento de los puntos de apoyo, pero permaneciendo las mismas leyes de equilibrio.

La respuesta que demos a esta pregunta va a depender más de nuestras opciones personales y subjetivas que de un razonamiento empírico a partir de observaciones objetivamente contrastadas. Podemos adoptar actitudes de simpatía o de rechazo a los cambios introducidos en la sociedad a lo largo de estos 150 años, pero lo que no podemos es cerrar los ojos a la lógica de la historia. Si los acontecimientos que hemos vivido a partir de 1989 son solamente un cambio accidental del sistema global, pero no afectan a la permanencia del sistema en sí mismo, podemos predecir mediante una extrapolación cuál será la sociedad en las primeras décadas del siglo XXI. Si, por el contrario, estamos asistiendo a una mutación cualitativa, a una sustitución del mismo sistema de equilibrio, no es posible hacer ningún tipo de previsiones, no nos queda más que esperar, observando cuidadosamente cómo se va definiendo el nuevo sistema.

Los cambios culturales

La sociedad está configurada por un sistema cultural. La cultura, igual que la naturaleza, constituye un sistema de unidades elementales, organizadas y jerarquizadas en subconjuntos y conjuntos de orden superior. El sistema de la naturaleza nos es dado y es permanente a lo largo de la historia y del espacio. Es un sistema con el que nos encontramos. Por el contrario, el sistema cultural es elaborado por nosotros mismos, es una creación del espíritu humano. Como creación del espíritu humano, está sometido al cambio histórico y a las variedades éticas, geográficas y religiosas. Las culturas estructuran una jerarquía de valores en las que algunos de ellos se afirman y consolidan como absolutos. Efectivamente, juegan el rol de valores absolutos en el ámbito de la propia cultura que los ha engendrado. Dejan de tener carácter absoluto en otra cultura distinta. Pueden llegar, incluso, a ser considerados antivalores.

De la misma manera que hablamos del ser humano, varón o mujer, como ente real, la sociedad es asimismo un ente real. No es meramente una agregación de individuos. Es un ente real, con su propia vida, sus propias vicisitudes, evolución y transformación. El ser humano individual se constituye por la estructura de células, tejidos y órganos, y un espíritu o alma que personaliza su identidad. La sociedad humana se constituye por una estructura de individuos jerarquizada y un espíritu que igualmente personaliza su identidad. Ese espíritu es la cultura. Cada sociedad tiene su propia cultura. Esa cultura es el espíritu que le da identidad. Cuando cambia la cultura podemos decir que una sociedad, no los individuos, sino el ente sociedad, ha muerto y ha nacido uno nuevo. Observar a lo largo del tiempo cómo nacen y mueren las sociedades, no precisamente por la muerte de los individuos sino por el fenecimiento de sus culturas y el alumbramiento de otras nuevas, nos acerca a la comprensión del fenómeno humano. Efectivamente, el análisis del fenómeno humano excede el ámbito de lo individual y requiere una aproximación a la consistencia de lo colectivo.

Hemos estudiado, a veces, la historia como una sucesión de reyes y de guerras que hacían mudar de lugar las fronteras y redimensionaban el territorio dominado por cada monarca. Más modernamente se ha hecho la historia estudiando los modos económicos de producción,

de comercio y de consumo a lo largo del tiempo. Es la consecuencia de haber dado más importancia a los modos de vida de las poblaciones que a los derechos dinásticos y territoriales de las familias reinantes. Sin embargo esta metodología del estudio de la historia es todavía superficial. Más allá de los modos de vida de las poblaciones están los fundamentos culturales que determinan estos modos de vida.

La cultura es un conjunto estructurado de valores. Los valores no son cuantificables, ni por sí mismos unos son superiores a otros. Es la apreciación que la mente humana hace de ellos lo que establece la jerarquía. La fuerza física, la pericia guerrera son en ciertas culturas valores superiores a la sabiduría; el orden público es en ciertas culturas un valor superior a la justicia y la igualdad social; el nacionalismo es apreciado en ciertas culturas como un valor superior a la solidaridad internacional. Es a partir de una determinada cultura como se toman decisiones individuales o colectivas, como en definitiva se define el bien y el mal, la verdad y el error. Lo que en una cultura es considerado una virtud, en otra es considerado un delito.

Situados dentro de un determinado sistema cultural nos encontramos encerrados en un espacio limitado por biombos, sin la posibilidad de percibir lo que detrás de esos biombos pueda existir. En realidad existen otros muchos mundos, otras culturas donde los criterios de evaluación son diferentes, puede que incluso contradictorios con los de la cultura que nos envuelve a nosotros mismos. Si estos biombos no son solamente geográficos, sino además temporales, perdemos la perspectiva de lo que ha sido válido antes que nosotros, y previsiblemente será válido después de nosotros. Lo apasionante del análisis histórico de las culturas es precisamente constatar cómo los seres humanos han podido vivir y conformar mundos totalmente diferentes. El análisis histórico nos sitúa en una perspectiva de conjunto. Desde esta perspectiva percibimos cómo cada una de las sociedades que en el mundo ha sido otorga a su respectiva *weltanschauung* un carácter absoluto. Siendo así que la mera existencia de culturas diferentes a lo largo y ancho del espacio y del tiempo consagra la relatividad y conyunturalidad de cualquiera de ellas.

Cada sociedad se considera a sí misma en el punto final, en el punto omega de la transformación cultural. Aprecia la superación que ella misma ha hecho de viejos esquemas y piensa que ha llegado al límite

de la modernidad y del progreso. Las sociedades generalmente no son conscientes de que el acervo cultural que les da consistencia pueda un día quedar superado por otro nuevo. Incluso se resisten al cambio porque el cambio representa la muerte de la propia sociedad como tal. Otra nueva sociedad ocupará su lugar en la historia, mientras que la presente quedará reducida a una mención en los libros especializados.

Es precisamente esta dialéctica entre la permanencia y *conservación* de los valores actualmente existentes, o en la sustitución de los actuales por otros nuevos, promoviendo el *progreso* cultural, lo que diferencia las mentalidades integristas de las tolerantes. Es por ello que el fundamento de la tolerancia consiste en la conciencia de la transitoriedad de las culturas. Por el contrario, los integrismos se apoyan en la convicción de su permanencia cuasi eterna. Los integrismos caen en el género de idolatría que los antiguos profetas de Israel combatían celosamente: elevar a la categoría de absoluto y permanente, con atributos cuasi divinos, objetos creados por los hombres, fuesen de madera, bronce o metales preciosos. De forma similar los integrismos se autodeclaran fieles absolutos de algo que por su propia esencia es meramente contingente.

Los integrismos a veces adoptan procedimiento pacíficos. Optan por una resistencia al cambio pasiva o victimista. El hecho de que adopten formas de autoinmolación no altera su perfil intransigente, su idolatría por una determinada cultura, la cual en realidad no es más que una creación transitoria y pasajera del espíritu humano. Otras veces adoptan procedimiento agresivos, donde la violencia es apreciada como forma heroica de defender los valores absolutos, y exterminan todo aquello que se opone a sus particulares esquemas. Éste fue el carácter de los fascismos que adquirieron gran aceptación en amplios sectores de la sociedad europea de los años treinta. Ya no con carácter mayoritario, pero sí significativo, tales culturas neofascistas siguen presentes en nuestro tiempo y de vez en cuando ejecutan acciones de acuerdo con su propia jerarquía de valores.

Contingencia cultural del capitalismo

La expresión “revolución industrial” fue introducida por Toynbee para

significar el cambio económico experimentado por Inglaterra entre 1750 y 1850, consistente en un gran incremento de las producciones industriales, del comercio exterior y de la productividad del trabajo. Las fechas límites, 1750 y 1850, no son aceptadas de forma incuestionable por los autores. Un siglo antes, durante el siglo XVII y la primera mitad del XVIII, ya había comenzado en Inglaterra el uso de máquinas de vapor y la producción de bienes dirigidos al consumo masivo. Sin embargo, los mayores cambios característicos de la revolución industrial tendrán lugar a partir de la primera mitad del siglo XVIII, por lo que P. Deane² sitúa la revolución industrial en esa época.³

La naturaleza del cambio experimentado en esta época en los procesos de producción industrial viene determinada por las innovaciones tecnológicas y las inversiones de capital, fundamentalmente en los sectores textil algodónero y la siderurgia. El primero por la importación del algodón americano y el establecimiento de la nueva maquinaria, que permitía mecanizar las operaciones de hilado y tejido. El aumento de la productividad fue ingente: en el tiempo en que un esclavo desmontaba manualmente cinco libras de algodón, las nuevas máquinas desmontadoras trataban 1 000 libras.

La siderurgia fundamentó su desarrollo en el aprovisionamiento de materia prima para los nuevos sistemas de transporte. Se abandona el carro para sustituirlo por el ferrocarril; el barco de vela con casco de madera, para sustituirlo por el barco con máquina de vapor y casco de acero.

Las comunicaciones, que hasta entonces se habían hecho por correos que se desplazaban a la velocidad del caballo, sufrieron una revolución trascendental con la invención del telégrafo y del teléfono.

En la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, hasta la primera guerra europea, se sitúa lo que algunos autores han denominado la segunda revolución industrial.⁴ La electricidad y el petróleo sustituyen la energía de vapor de agua. En los últimos años del siglo XIX y primeros del XX asistimos al nacimiento de dos sectores industriales que van a constituir los grandes motores del desarrollo durante el siglo XX: al automovilismo y la aviación.

² *La primera revolución industrial*, Ed. Península, 1975.

³ *Economía Planeta, Diccionario Enciclopédico*, Tomo 8, pp. 94-96.

⁴ H. Pasdermajian, *La deuxième révolution industrielle*, París, 1959. Ed. esp., Tecnos, 1961.

Estas nuevas industrias, que exigen grandes inversiones, determinan importantes cambios en la estructura del capital de las empresas. Las empresas de esta segunda revolución industrial necesitan inversiones en capital fijo mucho mayores que antes. Esto conduce al abandono de la fórmula del empresario individual y de la sociedad colectiva y abre el camino a las grandes sociedades anónimas. Muchas de ellas por su enorme dimensión adquieren el carácter de monopolios. Es en esta segunda revolución industrial cuando tienen lugar la separación entre la propiedad particular y la dirección de las empresas, las fusiones de empresas y la formación de "holdings", el predominio de los grandes grupos financieros en el control de las empresas. Podríamos resumir todo este fenómeno propio de la segunda revolución industrial diciendo que el "capitalismo industrial" de la primera etapa es substituido por el "capitalismo financiero" de la segunda.

Estos cambios en el sistema productivo conducen a la desaparición progresiva del artesano y del pequeño taller, que son substituidos por la fábrica. La división del trabajo y el aumento de la productividad inducido por ella generan grandes beneficios a los propietarios de los factores de producción, quienes pueden colocar sus ahorros en nuevas inversiones. Es así como nace el nuevo fenómeno de la acumulación de capital.

Así como la Revolución Francesa supuso un cambio radical en la organización política de las sociedades contemporáneas, la Revolución Industrial fue la vía hacia el desarrollo económico de Europa y Norteamérica. La Revolución Francesa y la Revolución Industrial establecieron las bases de la civilización capitalista occidental. La primera en el orden político y la segunda en el orden económico. El capitalismo se consolida a partir de este momento como un sistema sin retorno. El potencial industrial y financiero acumulado en Europa y Estados Unidos, experimentando un crecimiento exponencial por el aumento de la productividad y la acumulación de las inversiones, con la consiguiente dominación de los mercados, va a determinar que cualquier otro sistema cultural, social o económico que no se ajuste a sus mismas pautas carezca de posibilidad de competir. La eficacia del sistema de producción capitalista terminará por imponerse en el sistema económico mundial como la única estructura viable de organización económica.

El fin del sistema de bloques

En los últimos años del siglo XX estimo que existen suficientes indicios para pensar que nos encontramos en un quicio o esquina de la historia donde la corrección de algunos excesos de la cultura no es suficiente. No pretendo decir que la cultura capitalista nacida en la segunda mitad del siglo XVIII no haya aportado al mundo occidental ventajas comparativas importantes. De hecho las sociedades occidentales de América del Norte, Europa y de algunos países de Asia han experimentado en estos 250 años un progreso económico y social como no se había conocido en 5 000 años antes. No se puede decir lo mismo de otros países y poblaciones donde los efectos de las decisiones económicas y políticas de las potencias dominantes han provocado situaciones de dependencia y empobrecimiento. Pero de hecho, donde ha tenido éxito, el éxito ha sido espectacular.

Lo que nos podemos plantear es si al cabo de estos 250 años la sociedad mundial puede seguir siendo alimentada y conformada por esta cultura capitalista. Cuando menciono al capitalismo no lo estoy haciendo como alternativa o par dialéctico con el socialismo. En realidad el sistema económico implantado en los países de la antigua árca de influencia soviética no era sino una variante del propio sistema capitalista. Los fundamentos del sistema eran los mismos, variaba solamente el proceso de toma de decisiones: las tomaba el Estado no los individuos particulares. Pero el Estado razonaba con los mismos criterios que lo hacen los individuos en los sistemas de economía de libre mercado: la multiplicación de la riqueza.

La alternativa dialéctica a la cultura capitalista actualmente dominante no es el socialismo, es la cultura que está por venir. No se trata de una opción entre dos variantes del capitalismo: el de occidente, que ha sido beneficioso para unos pocos y perjudicial para muchos, y el de la Unión Soviética, que ha sido perjudicial para todos. No se trata ya de corregir los excesos del capitalismo naciente. Eso lo ha hecho el movimiento socialista con resultados realmente satisfactorios. Gracias a las rectificaciones introducidas en el sistema por los partidos políticos socialistas y las organizaciones sindicales el sistema económico capitalista, dominante en los países desarrollados, no ha mantenido la pureza de sus principios, y por ello se puede vivir

dentro de él con un nivel de confort y de libertad apreciable. El sistema, tal como fue creado y teóricamente justificado en los albores de revolución industrial, nos hubiera conducido a niveles de opresión y de injusticia social inaguantables.

Nuestra generación se encuentra enfrentada a un desafío histórico de gran magnitud. Ya no se trata de acertar con las decisiones que hagan funcionar el capitalismo a satisfacción de la mayoría. El problema es que la misma cultura capitalista se encuentra ya históricamente agotada.

Creo que tenemos suficientes indicios de que empiezan a sugerir este agotamiento: el hecho de que la Política Agraria Común haya cambiado en la dirección opuesta a la finalidad con que fue instaurada es un síntoma relevante. En los años cincuenta y sesenta Europa era deficitaria en productos agroganaderos y los países firmantes del Tratado de Roma tomaron la decisión de adoptar medidas comunitarias con objeto de incrementar la productividad agraria, bajo el lema de la *Europa Verde*.

El 4 de septiembre de 1950, cinco años después del final de la guerra mundial, en virtud del informe Pfinplin, ministro de Agricultura de Francia, el Consejo de Ministros de este país decide comunicar una nota sobre la organización europea de los mercados agrícolas.⁵

La agricultura y el abastecimiento alimentario, constituyen uno de los dominios en que la organización económica de Europa es más necesaria.

Europa es un gran país agrícola. En su aspecto social, lo mismo que en su aspecto económico, el estado de la agricultura señala el destino de los países europeos.

Sin embargo, falta mucho para que la agricultura de los países europeos corresponda a sus posibilidades y a las exigencias de la economía europea. La producción agrícola es insuficiente.

Así es como se comienza a plantear la necesidad de una Política Agraria Común, que fija los principios de la Europa Verde. En julio de 1958 la Conferencia de Stresa (Italia, en la ribera del lago Mayor) reunía a los signatarios del Tratado de Roma (marzo de 1957) y a los representantes de las organizaciones profesionales de los seis países.

⁵ Michel Augé-Laribé, *La revolución agrícola*, Ed. UTEHA, 1960, pp. 223-226.

Allí se trazaron las primeras líneas directrices de la futura política agrícola común. A finales de 1959 la Comisión presentó al Consejo de Ministros sus primeros proyectos de política agraria común. En diciembre de 1960 el Consejo de Ministros promulgó los principios de la creación de la *Europa Verde*.

Los objetivos que la Política Agraria Común se propuso en 1960 han sido ampliamente conseguidos. Pero a la vez que ha resuelto los problemas de 1960 ha generado nuevos problemas que se han planteado a lo largo de la década de los ochentas. Así lo recoge el informe Mac Sharry.

Esta política ha contribuido al crecimiento económico y ha permitido proporcionar a los consumidores europeos una amplia gama de productos alimenticios de calidad a precios razonables. Sin embargo, este sistema, perfectamente adaptado a la situación de la agricultura deficitaria, ha puesto de manifiesto graves defectos en el momento en que la Comunidad ha comenzado a ser excedentaria en la mayor parte de sus productos agrarios.

Los objetivos de la Política Agraria Común han sido totalmente conseguidos, se ha logrado que Europa sea autosuficiente en productos agroganaderos y se ha mantenido el nivel de renta de los agricultores. A la vez que se resolvió un problema de falta de producción se ha generado otro de superproducción. Europa no es capaz de consumir todo lo que es capaz de producir. Fuera de Europa los países con capacidad de comprar la superproducción europea también son excedentarios. Y aquellos que padecen déficit agroalimentario no tienen capacidad de pagar los costos de la producción de los productos europeos. En vista de lo cual la Comisión Europea se ha visto en las necesidades de adoptar medidas radicalmente anticapitalistas: subvencionar la no producción.

No está demasiado lejana la fecha en que lo mismo que ha ocurrido con la producción agroganadera ocurra con la producción industrial. Los países industrializados son capaces de producir muchos más bienes y servicios que los capaces de consumir, y los que están faltos de estos bienes y servicios no tienen capacidad de pagar los costos de producción. Simultáneamente está ocurriendo el crecimiento paralelo de dos variables macroeconómicas que en principio deberían ser

inversamente proporcionales: el crecimiento del Producto Interno Bruto y el crecimiento del desempleo. Aumenta la producción de bienes y servicios y disminuye el número de personas que trabajan. Es la consecuencia evidente del incremento de la productividad. La automatización e informatización de los procesos de producción ha alterado el signo de la corrección entre estas dos variables.

Por otra parte, la cantidad de bienes industriales que el equipo actualmente instalado es capaz de producir está ya creando un problema de espacio. Las ciudades atiborradas de coches aparcados es la imagen más representativa de un sistema productivo que ha alcanzado el punto de saturación. Si a esto le añadimos la destrucción del medio ambiente y los problemas ecológicos resultantes, me pregunto si no es hora de ir pensando que el proceso de desarrollo industrial iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII está llegando al límite de sus posibilidades. Que no muy tarde va a cesar, agotado no en su fracaso, sino en su éxito. Tal como decíamos de la agricultura europea.

En el marco de la cultura capitalista, apoyada en el ciclo ahorro-inversión-beneficio-ahorro, no existe solución razonable a los problemas que se nos están planteando a finales del siglo XX. La cultura capitalista se apoya en un postulado básico: la multiplicación del ahorro, es decir, la multiplicación de la riqueza. En una reducida área del planeta se ha llegado al ahogamiento de las personas en su propia riqueza y a la destrucción de la naturaleza virgen, mientras que los excedentes no pueden llegar a las áreas deficitarias.

Esto es lo que yo llamo el *ocaso del capitalismo*. Tenemos ante nosotros, por poco que reflexionemos con un poco de serenidad e imparcialidad, suficientes síntomas para pensar que una nueva cultura ha de sustituir a la presente. La actual ya ha dado de sí todo lo que tenía que dar.

La globalización

Frente a esta cultura, que muestra indicios de agotamiento, aparecen indicios de una cultura emergente. En ella los valores y criterios en que se apoya la toma de decisiones se sitúan en otro universo diferente. La cultura a que nos vamos a referir no es todavía la cultura domi-

nante, es solamente la cultura emergente. No es la cultura de mayoría, es la cultura de una minoría. Cuantitativamente es aún menos significativa. Su fuerza y su importancia reside en la tendencia que se advierte en el curso de la historia, no en el hecho de que haya alcanzado ya el nivel dominante. Se trata de la aurora de un nuevo día, cuando aún domina mayoritariamente la oscuridad, pero cuando la luminosidad constituye el futuro. A su vez, las tinieblas, aún dominantes, se retiran progresivamente.

Los que éramos niños en los años treinta hemos sido testigos de un cambio cultural cuyas dimensiones son de tal magnitud que posiblemente no hayamos sido capaces de abarcarlo en su dimensión total. Durante mucho tiempo hemos vivido en un universo donde valores tales como la valentía, el heroísmo, la patria, en definitiva todo aquello que estaba relacionado con la fuerza física y la derrota del adversario, constituía valores superiores. El orgullo de haber vencido en un conflicto armado a la ideología adversaria constituía un motivo de seguridad colectiva. Después de la guerra civil tuvo lugar la guerra mundial. De nuevo se impuso la misma cultura de la victoria militar contra el peligro rojo. La economía de los países industriales ha estado condicionada durante 45 años (1945-1990) por la carrera armamentista, y la política por el fenómeno del satelitismo en torno a los dos grandes imperios hegemónicos: Estados Unidos de América y la Unión Soviética. Si el conflicto armado entre las dos grandes potencias nunca llegó a desencadenarse, la solución a los conflictos entre los pequeños Estados, o entre los grupos sociales dentro de un Estado, se ha pretendido resolver mediante la victoria militar de un contrincante sobre el otro.

Esta cultura se ha desvanecido. Seamos conscientes de que finalmente la sociedad mundial ha tomado conciencia de que la victoria militar es una victoria meramente coyuntural. Al cabo de un cierto tiempo, cuando el equilibrio de fuerzas se ha recompuesto surge de nuevo la confrontación violenta. Así es como ha vivido durante siglos la humanidad. No es que tengamos miedo a la guerra por la hipótesis de perderla, o por las desgracias que lleva asociadas. Es que por fin hemos descubierto que la guerra es inútil como método de resolución de conflictos.

El propio conflicto de los Balcanes —por referirme al que tenemos más cerca— pone de manifiesto este aserto. En otra circunstancia

cultural los partidarios de los serbios de un lado y de los croatas del otro hubieran desencadenado el conflicto internacional, tal como ocurrió en 1914. Hoy simplemente la sociedad mundial no cree ni tiene confianza en la victoria militar.

El mundo se está configurando de manera que los propios Estados, cuya característica fundamental es la soberanía, empiezan a no ser soberanos. Unas veces por acuerdos internacionales expresos, como es el caso de la Unión Europea. Otras veces por la misma fuerza de los hechos. Las fronteras entre los Estados son barreras cada vez más permeables. La libre circulación de mercancías, de capitales y de personas no está todavía implantada a nivel total. Va camino de serlo. La que se está retrasando más es la de las personas. En este asunto, como en tantos otros, el poder del dinero es más eficiente que el poder de los derechos humanos. El capital, buscando oportunidades de inversión rentables, logra más fácilmente autorización para circular libremente que las personas que buscan oportunidades de trabajo y mejores condiciones de vida.

Aun no habiendo llegado todavía a la implantación universal de la libre circulación de capitales, mercancías y personas, aun siendo todavía una implantación limitada, los efectos se han dejado sentir. Los Estados ya no pueden controlar soberanamente su política monetaria, ni su comercio internacional, ni por supuesto su sistema de defensa. Los niveles salariales de un Estado no son independientes de los niveles salariales que existan en otros. Los sistemas de comunicación no se pueden diseñar en un solo Estado. El mundo entero es una unidad. Ninguna decisión política, económica o social tiene ya sentido concebida por un Estado y para un Estado. Ha nacido un nuevo objeto de gestión política, económica y social: el mundo.

Pondré un solo ejemplo que, entiendo, puede resultar perturbador. A nivel del Estado se ha configurado un sistema de seguridad social. Cada Estado, con las modalidades diferenciales que sean, ha diseñado un sistema de seguridad social en virtud del cual se pretende que todos los ciudadanos tengan cubiertas las necesidades básicas de salud, renta mínima, jubilación. Tal seguridad social se financia a base de distraer, mediante la imposición fiscal, a las empresas y a las personas físicas con rentas más altas parte de sus ganancias. A continuación, estos fondos se distribuyen entre las personas con rentas inferiores. El

sistema puede que funcione con mayor o menor eficacia, pero el sistema existe y es universalmente admitido. Es admitido, en el nivel de cada Estado por separado. El próximo paso es un sistema de seguridad social a nivel mundial. Todas las empresas del mundo, y todos los ciudadanos del mundo con rentas altas, pagarían una cotización a la seguridad social mundial, la cual a su vez prestaría servicios de salud, renta mínima y jubilación a todos los ciudadanos del mundo con rentas inferiores. Comprendo que a más de una persona tal hipótesis le resulte alucinante. Igualmente alucinante le hubiera resultado a Adam Smith el sistema de seguridad social que tenemos ahora cuando reflexionaba sobre la sociedad que estaba emergiendo de la primera revolución industrial. Lo que hoy es evidente, hace doscientos años era alucinante. Puesto que la historia está sometida a una aceleración constante, lo que hoy es alucinante tardará menos de doscientos años en ser evidente.

La cooperación internacional

Una de las bases teóricas del sistema capitalista es la libre competencia de los agentes económicos en el mercado. La generación de los precios de equilibrio en el mercado por la interrelación de la oferta y la demanda es un postulado esencial de la fundamentación teórica del sistema capitalista. Los padres intelectuales del sistema, Adam Smith, David Ricardo, Juan Bautista Say, otorgaban a la competencia el poder de organizar la distribución equilibrada de los bienes y servicios. La *mano invisible*, la diosa del sistema capitalista, figura creada por Adam Smith como Fidias creó la figura de Atenea, ha dado la confianza de que el sistema de libre competencia, de libre mercado, de los agentes económicos actuando sin restricciones, podía crear un sistema equilibrado, donde los desequilibrios se autocorrigiesen por sí solos, y donde finalmente se alcanzase el mayor bien común posible.

Esta fe ingenua depositada en la eficiencia de la competencia para regular de forma justa y equilibrada el mercado nunca ha logrado ser comprobada en la realidad. La presión de los partidos políticos de orientación socialista y de las organizaciones sindicales han cumplido la misión histórica de corregir la irrealidad de los planteamientos

liberales iniciales. Ningún sistema actual de los llamados de libre mercado se ajusta al modelo liberal estricto. El Estado cumple en todos ellos el rol de corrector de las tendencias libres del mercado. Regula por ley las relaciones laborales; garantiza un precio mínimo a los productos agropecuarios cuando el mercado se torna adverso; interviene en el mercado financiero actuando a la contra de las tendencias de la oferta y la demanda para proteger las tasas de cambio y regular el interés de los préstamos. Ya nadie piensa que pueda volver a repetirse el crack bursátil de 1929, cuando la Reserva Federal contempló, pasivamente y sin intervenir, el hundimiento de las cotizaciones. En aquella fecha se pensaba que el mercado habría de regularse por sí solo. No fue efectivamente así. Al crack bursátil siguió la depresión, a la depresión siguió el surgimiento de los movimientos fascistas y a éstos, finalmente, la segunda guerra mundial. La experiencia histórica sirve para algo. Hoy en cualquier país considerado de economía capitalista, el Estado, el sector público de la economía, representa alrededor de 50% del Producto Interno Bruto.

A nivel de cada país —como decíamos antes de la seguridad social—, el Estado actúa de regulador y equilibrador, pues las fuerzas autónomas de la oferta y la demanda dejadas a sí mismas, pese a la ilusión de una *mano invisible*, reguladora, originan distorsiones insostenibles para la sociedad.

Pero a nivel internacional no existe tal poder estatal regulador. En el mercado internacional la libre competencia actúa sin ningún género de restricciones. No hay una autoridad fiscal internacional, no hay una autoridad laboral internacional, no hay una autoridad monetaria internacional. Aquel modelo de sociedad de los inicios de la revolución industrial, cuando la competencia obligaba a abaratar los costos laborales y para ello se empleaba el trabajo de los niños, la larga jornada de 12 horas, la ausencia de medidas de protección social, se ha reproducido no ya dentro de las fronteras de un país, sino a nivel internacional. El proletariado que surgió entonces en los barrios periféricos de las nuevas ciudades industriales se ha reproducido a nivel internacional en los países periféricos del tercer mundo. El fenómeno del proletariado que inspiró las críticas marxistas al sistema, a mediados del siglo XIX, ha sido superado gracias a las correcciones introducidas en él. Ha aparecido un nuevo proletariado. La acción

política que pudo hacerse a nivel de cada Estado para elaborar una legislación correctora carece, en cambio, de espacio para hacerlo ahora a nivel internacional.

Aquí es donde aparece la nueva cultura emergente. Los instrumentos correctos que las instituciones políticas no han logrado poner en marcha se están instalando por la iniciativa de movimientos espontáneos. Ha nacido el movimiento de la cooperación internacional. Sus agentes no son los Estados, ni las instituciones financieras importantes, ni las empresas multinacionales. La cooperación es una actividad absolutamente contradictoria con el sistema capitalista, incluso con su variante socialista tradicional. En principio, se trata de realizar inversiones donde el beneficiario sea distinto del inversor. Pero con la convicción de que el beneficio del otro representa una mejora del conjunto y, consecuentemente, un beneficio colectivo.

El problema del Tercer Mundo no tiene ningún viso de solución desde los presupuestos de la economía de libre mercado y del sistema capitalista. Las acciones que pequeños grupos de personas idealistas puedan hacer no llegan más allá de aportar socorros a situaciones de extrema indigencia. El problema en sí permanece irresuelto. Solamente un cambio cultural que altere los criterios de toma de decisiones de los núcleos de poder realmente decisivos hará posible repetir a nivel internacional el fenómeno de reequilibrio de las rentas que se ha producido en el nivel de los Estados individuales. Mientras la cultura dominante siga actuando con la lógica de razonar en el espacio rentabilidad-riesgo, la sima que separa a las poblaciones de los países desarrollados de las poblaciones del Tercer Mundo seguirá aumentando.

Es en este escenario en el que percibimos el alumbramiento de una cultura emergente. La conciencia de que el principio de la cooperación debe igualar —superar incluso— el principio de la competencia no ha llegado a tener todavía una dimensión mayoritaria. Pero no se perfila como un movimiento meramente contestatario, es una cultura que se presenta como creíble, aunque carezca aún de los instrumentos operativos necesarios. No es un fenómeno marginal, es un fenómeno en crecimiento.

Conclusión

Llegados a este punto es el momento de intentar, aunque sea un poco a ciegas, algunas posiciones intelectuales que nos permitan clarificar en qué punto de la historia económica nos encontramos y qué es lo que podemos esperar en las próximas décadas que se avecinan. La verdad sea dicha, no podemos pasar de meras tentativas, de aproximaciones, de suposiciones. El futuro no perderá jamás su principal característica de ser incierto. Los nuevos acontecimientos que se puedan producir cambiando de forma sustancial el escenario actual solamente pueden ser previstos en términos de probabilidad; además de una probabilidad que no es ni matemática ni empírica, sino solamente subjetiva.

Lo único que se puede afirmar con cierta certidumbre a mediados de la década de los noventas, es que el modelo económico que ha regido el mundo desde mediados del siglo XIX, el sistema burgués-capitalista, se debate en estos momentos con enormes problemas estructurales, cuya magnitud es de tal importancia que convierten en insuficientes cualesquiera medidas tácticas o estratégicas que persigan correcciones cunyunturales del sistema pero manteniendo la vigencia del sistema mismo.

La reciente caída de los regímenes comunistas liderados por la Unión Soviética nos ha traído un cierto margen de confianza en que entre dos sistemas alternativos, el capitalista y el comunista, la historia le ha dado la razón al primero. Este razonamiento encierra un sofisma en su formulación. La dialéctica de los bloques que ha vivido la humanidad desde 1945 a 1989 no era una alternativa entre dos sistemas económicos, sino entre dos sistemas políticos: el sistema de las democracias parlamentarias o el sistema del partido único; el sistema de la economía de mercado o el sistema de la economía dirigida; el sistema de la libertad individual o el sistema del control policial. Subsidiariamente, ambos sistemas políticos enfrentados por un proyecto imperialista de dominación en las áreas de influencia respectiva.

La dialéctica entre un sistema y otro era meramente política. En realidad la Unión Soviética y los regímenes comunistas dependientes seguían los mismos principios de rentabilidad, de incremento de la productividad, de capitalización de los procesos productivos tanto agrarios como industriales que los países del otro bloque. Lo que ha

ocurrido es que lo han hecho con menor eficacia y con poco acierto. El que fuera un capitalismo de Estado no invalida que fuera un capitalismo.

El sofisma del razonamiento en este momento consiste en convertir el fracaso de un régimen político en aval de verdad de un sistema económico. La crisis del sistema capitalista no tiene nada que ver con el cansancio, el aburrimiento y la frustración de las poblaciones del Centro y Este de Europa. El sistema capitalista tiene la crisis en sus propias entrañas y en esto no se diferencia de ninguno de los otros sistemas que rigieron la historia económica de la humanidad antes de 1750. La revolución industrial y el sistema capitalista que terminó con el antiguo régimen ha cambiado la faz del mundo en 250 años a una velocidad infinitamente mayor que cualquier otro sistema anterior. En estos 250 años el mundo ha cambiado más que en los 2 500 años anteriores. Estamos hoy en día más lejos del mundo que vivió Napoleón, de lo que estaba Napoleón del mundo que vivió Julio César, o los faraones de Egipto.

Que el sistema capitalista haya conseguido semejantes éxitos no significa, sin embargo, que la historia se haya paralizado para siempre. Si cayeron los faraones, el Imperio Romano, las monarquías absolutas, y cada uno de estos sistemas llegado el término de su agotamiento pudo ser substituido por otro; podemos pensar que ha de llegar el día en que el sistema burgués-capitalista iniciado a mediados del siglo XVIII envejezca igualmente por el paso de los años y tenga que ser substituido por otro más joven que tome la alternativa.

Lo que no se puede fijar es la fecha de este agotamiento. Ni siquiera se va a producir de forma instantánea sino progresivamente. Advertimos síntomas de decrepitud en el sistema, pero quizás pueda todavía disfrutar de una cierta ancianidad prolongada.

Quisiera terminar con tres afirmaciones relativamente globales:

1. Los límites del crecimiento

El sistema capitalista está fundamentado sobre el principio del beneficio. El ciclo beneficio-ahorro-inversión-beneficio constituye la dinámica esencial del sistema. Esta dinámica ha sido probadamente eficaz para los países de occidente.

La consecuencia inmediata de esta dinámica es el crecimiento continuo y acumulado que sigue una tendencia exponencial. Con la misma ley matemática del interés compuesto, las nuevas inversiones aumentan el beneficio y el ahorro, determinando mayores producciones cuyos excedentes son de nuevo invertidos, generando asimismo aumentos acumulados de productos.⁶

La imposibilidad matemática de un crecimiento infinito en un mundo finito fue planteada ya por los primeros pensadores teóricos del sistema capitalista. David Ricardo (1772-1823) y John Stuart Mill (1806-1873), al reflexionar desde el estricto punto de vista de la teoría sobre la dinámica del crecimiento del nuevo sistema económico emergente, comentan la necesidad de que en la fase terminal se llegue al *estado estacionario*. Pero el estado estacionario es contradictorio con el propio sistema capitalista. Si el *estado progresivo* ha de ser substituido por el *estado estacionario*, esto significa que el sistema burgués-capitalista ha de ser substituido por otro diferente, donde el beneficio, el ahorro y la inversión dejen de tener el rol de motores de la economía.

El sector agrario ha acusado en Europa esta crisis del crecimiento exponencial antes que el sector industrial o de servicios. La Política Agraria Común propone una serie de medidas estrictamente anticapitalistas, como son el abandono de tierras, la jubilación anticipada, el retorno a una agricultura extensiva, la protección del medio ambiente.

Es lógico que la necesidad de adoptar medidas anticapitalistas se haya puesto de manifiesto en la agricultura antes que en otros sectores de la economía. La rigidez de la demanda en los productos agrarios ha sido la causa de que se haya notado antes en la agricultura la imposibilidad del crecimiento ilimitado.

La misma situación de ahogamiento en la producción que está experimentando la agricultura en la última década del siglo XX llegará a producirse en el sector industrial. Tampoco los automóviles, los electrodomésticos, la misma construcción, son susceptibles de un crecimiento ilimitado. Podemos discutir el plazo que queda para llegar a la saturación, pero el hecho mismo de la saturación es indiscutible.

⁶ Jaime Loring Miró, "Lo rural en el futuro de las sociedades industriales", en *La doble crisis de la agricultura española*, Coloquios del Escorial 1981, Ed. Asociación Cultural Hispano Norteamericana, 1981, pp. 209-235.

2. *El tercer mundo*

La crisis de saturación del crecimiento que se experimenta en el reducido ámbito de los países industrializados contrasta con la penuria y el infradesarrollo de los países tercermundistas. La sima se va agrandando entre la pequeña minoría del mundo desarrollado y la ingente masa de población que muere de hambre, de insuficiencias sanitarias y de carencia de cultura. Podemos defendernos con una muralla de logística militar, dotada de armamento electrónico y nuclear capaz de desalentar el asalto de los pobres al mundo de los ricos.

No hace mucho tiempo hemos asistido recientemente a la aplicación de este tipo de acciones. La Guerra del Golfo fue una demostración suficientemente explicativa de cómo los países desarrollados son capaces de disuadir a las masas del Tercer Mundo de un ataque a sus intereses. Pero había una circunstancia que no era la apropiada. Sadam Hussein ha caído en la trampa de sus propias mentiras y artimañas. Levantó una bandera que no le correspondía sostener en sus manos. Consiguió poco más que levantar manifestaciones populares en su favor; sin embargo, no logró reunir en torno a su *madre de las batallas* ningún apoyo eficaz y contundente. Acaso cuando en el Tercer Mundo surja un líder internacional que no acumule las contradicciones que reunía el presidente de Irak; cuando sea la India, Brasil o China, con más verdad en su mensaje de la que podía exhibir el presidente iraquí, se agrupen a los países del Tercer Mundo contra la explotación a que se encuentran sometidos. Previsiblemente las murallas de Roma no resistirán el ataque de los bárbaros, que en esta ocasión no bajarán de las brumas del norte, sino que vendrán de los desiertos del Sur.

3. *La civilización de la inteligencia y la solidaridad*

En todos los sistemas económicos que han existido desde la antigüedad hasta nuestros días se ha utilizado para la producción de bienes lo menos característico del hombre, su esfuerzo físico. La inteligencia humana apenas si ha sido útil, salvo en un reducidísimo grupo, o en todo caso se ha empleado en tareas administrativas rutinarias. La humanidad no sabido sacar partido de lo más característico de ella, el

pensamiento y la creación. No podemos imaginar lo que significaría a nivel mundial una educación de masas globalizada. La desnutrición malogra cada día millones de cerebros humanos que por carencia de proteínas no logran desarrollarse hasta el nivel del conocimiento abstracto. Si la humanidad ha conseguido el nivel de desarrollo de la tecnología, de la filosofía o del arte, aun cuando las circunstancias ambientales han impedido el desarrollo de millones de inteligencias innatas, no podemos sospechar el grado de desarrollo humano que se hubiera podido alcanzar si en el Africa central, en la India, en las zonas rurales de Latinoamérica se hubieran dado las mismas circunstancias ambientales de desarrollo cultural que en los países llamados occidentales. La civilización del *conocimiento* ha de sustituir a la civilización de la *producción*.

El modelo económico capitalista ha demostrado ser el más eficaz para conseguir el crecimiento económico. Ha conseguido en 250 años lo que no se había hecho en 2 500 años. Lo que no está demostrado es que pueda seguir siendo viable en el futuro. Y no por falta de eficacia, sino, todo lo contrario, por exceso de eficacia. Es preciso desplazar las metas del desarrollo social hacia otros horizontes. El universo cultural del *tener* que ha dominado a la humanidad debe ser substituido por el universo cultural del *ser*. Se trata de definir nuevos parámetros de desarrollo que afecten directamente al hombre mismo, más que a las cosas que el hombre pueda tener.